

# LAGUNA

MEMORIAS EN EL AGUA



Primera edición.

Laguna.

© 2023, Ana Vila González.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Víctor J. Sanz

© Ilustraciones de la portada: Sara Nyca

© Diseño de portada e interiores: Nuria Medina

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126786-1-1

Depósito Legal: 127-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*Para mi tío José, Pepe el Sonrisas,  
por ser la primera persona que tras escuchar mi primer relato me  
alentó a seguir escribiendo con una gran dosis de realidad. Espero que  
allá donde estés puedas estar orgulloso de lo que he conseguido crear.*



Querido lector:

Si has decidido abrir este libro es porque algo te ha llamado la atención de él. ¿La portada? ¿El título? ¿O ha sido la sinopsis?

En cualquier caso, aquí estás, y quiero aprovechar para hacerte una advertencia: esta no es una novela de ciencia ficción y tampoco te voy a contar una típica historia para adolescentes. Sé que al principio pensarás que estoy loca, incluso te plantearás que todo lo que cuento es una invención, pero te aseguro que en cuanto empieces no podrás parar, querrás saber todos mis secretos y también los de todas las personas que forman parte de esto.

¿Te atreves a darme voz y conocer mi historia?





## CAPÍTULO 1

Me llamo Kate y mi edad no es importante ahora mismo porque puede que ni yo misma la sepa, apenas tengo recuerdos de antes de los dieciséis años, por no decir que no tengo ni uno, ni siquiera de mis cumpleaños. Raro, ¿verdad? ¿Quién no se acuerda de aquel cumpleaños cuando eras niño e ibas a la piscina de bolas, o de la típica pelea de lanzamiento de tartas? Por eso espero que puedas ayudarme a buscar una respuesta, porque te aseguro que la necesito. Pero para eso tenemos que empezar por el principio.

Sensalwater es una pequeña urbanización privada en la parte norte de California, cerca del Golden Gate Bridge, allí vivía con mis padres; Charlotte, una arquitecta de éxito, y Tom, uno de los mejores abogados de Norteamérica.

Se habían conocido el primer año de universidad y durante un tiempo habían sido mejores amigos, sabían todo el uno del otro, pero su relación tenía fecha de caducidad. Sus vidas se separarían en cuanto acabase el último curso; él consiguió un contrato de un año en un prestigioso bufete de Washington, mientras que ella se uniría al equipo de trabajo arquitectónico de su difunto padre, aquí en Seasfawls.

Los primeros meses se mantuvieron en contacto a través del correo postal, pero pasado el primer año, el número de cartas

se redujo casi hasta cero. Ambos estaban tan centrados en sus carreras profesionales que empezaron a distanciarse y sin darse cuenta, dejaron de saber el uno del otro.

Tras cinco años sin verse ni hablarse, el suicidio de un amigo de la universidad, los volvió a unir, y esta vez fue para siempre.

Mi padre volvió a San Francisco y creó su propio bufete de abogados especializado en casos penales, Office of Tom Damer, en tan solo un mes había conseguido tener una clientela de más de veinte personas requiriendo de sus servicios. Haber realizado aquel año de trabajo fuera había aumentado el valor de su currículum y pronto consiguió aumentar su plantilla de empleados y tener mucho éxito.

Mi madre no se quedó atrás, conjugó su proyecto de tesis con una idea innovadora que su padre había comenzado a crear poco antes de fallecer y en menos de dos años, le concedieron el premio Pritzker a la mejor arquitecta ambiental.

Ambos habían conseguido grandes cosas en el ámbito laboral y ya estaban listos para conseguirlo también en otras esferas de la vida como, por ejemplo, la familiar. Entre los dos y con la ayuda de sus compañeros de trabajo, construyeron la casa en la que un par de años después tendrían a su primera hija.

Nací el 10 de septiembre de 1994 en el hospital de Seasfawls, por lo visto, fue un parto bastante rápido, salí escopeteada con tan solo cuatro empujones y apenas tuvieron que darle puntos. Una semana ingresada y directa a descansar a casa.

Lo que viene después no puedo contároslo todavía. No es porque no quiera, no me malinterpretéis, sino porque no lo recuerdo.

Mi memoria comienza en la adolescencia.

El paso del colegio al instituto es uno de los cambios más grandes: pasas de ser un niño inocente a un engendro de hormonas



y mal carácter. Muchos adultos no son capaces de entender la frustración que sentimos al empezar esta nueva etapa, nuestro cuerpo empieza a cambiar, a las chicas nos sale pecho y nos viene la menstruación una vez al mes, mientras que a los chicos les empieza a cambiar la voz y pasan de tener un cuerpo de niño a un cuerpo de hombre. Todos esos cambios unidos a la necesidad de nuestros padres por que estudiemos y nos convirtamos en personas de provecho hace que tengamos que crecer a una velocidad vertiginosa que nos incita a probar experiencias nuevas.

Estudiaba en el Catfish High School, el instituto con más número de victorias de baloncesto juvenil del condado. El entrenador Hover era un señor de casi sesenta años cuya única afición en la vida era el deporte. De joven había formado parte de Los Lakers, pero una lesión en su primer año le obligó a dejarlo de por vida cayendo precipitadamente en el olvido.

Un par de años después, el director Sullivan lo reconoció mientras hacia la compra en el supermercado y, tras conversar un par de minutos, le ofreció ser el entrenador oficial de su equipo. Sin pensárselo dos veces aceptó el puesto.

Aquel precioso gesto por parte de un completo desconocido le hizo sentirse en deuda con él, así que le prometió llevar a su equipo a la victoria, y cumplió su cometido durante casi siete años.

Por otro lado, como fieles seguidoras, estaba el equipo de animadoras, que yo lideraba. Fue premiado en numerosas ocasiones en la categoría de mejor coreografía y espectáculo público, lo que nos convirtió en uno de los mejores equipos en el ámbito estatal. No es por echarme flores, pero gran parte de esos premios habían sido gracias a mí.

El baile era mi pasión y poder combinarlo con acrobacias y animación me hacía sentirme poderosa y libre. Mientras actuaba no pensaba en nada más que en disfrutar de la experiencia y escuchar los aplausos de la gente al vernos me reconfortaba

gratamente. Poco a poco, mi popularidad, tanto dentro como fuera del instituto, empezó a crecer de manera vertiginosa, haciendo que mi ego estuviese por las nubes.

Al cabo de unos meses, Marc, el chico más guapo del equipo de baloncesto, se acercó a mí y me invitó a cenar una *pizza*.

—Hola, ¿qué desean tomar? —dijo una camarera joven mas-  
cando chicle de manera desagradable.

—Las damas primero —dijo Marc.

—Una familiar de *pepperoni* y otra de barbacoa para mí.

Al escuchar mi pedido, sentí que los ojos de Marc se abrían como platos al tiempo que a ella se le caía el chicle de la boca, se habían quedado atónitos, como si una chica no pudiese comer esa cantidad de comida.

—Las familiares son de ese tamaño, ¿no prefieres unas peque-  
ñas? —dijo la chica señalando un dibujo de la pared.

—No. Conozco el tamaño de las pizzas, hemos salido de en-  
trenar y tengo hambre.

—Está bien. Y ¿para ti, guapo? —le dijo a Marc con una sonrisa  
pícaro.

—Para mí una familiar Texas —le contestó guiñándole un ojo  
y devolviéndole la sonrisa.

Llevaba enamorada de Marc desde la primera vez que lo vi y  
aquella pequeña señal que podía haberme puesto sobre aviso de  
cómo sería su comportamiento si saliésemos juntos pasó desa-  
percibida en ese momento para mí.

Durante la espera de la comida, Marc se pasó el tiempo acari-  
ciándome las manos y diciéndome lo preciosa que era mientras  
yo me limitaba a poner cara de tonta enamorada y sonreía tími-  
damente.

El resto de la cita no cambió mucho, comimos cada uno lo que  
nos habíamos pedido e intercambiamos un par de frases sobre lo

buenas que estaban las pizzas de aquel local y lo que le sorprendía que fuese capaz de comer tanto con lo buena que estaba.

Llegó a hacerme sentir incómoda con tanto halago sobre mi belleza. Me sentía como una simple muñeca a la que poner en un escaparate, como si el resto de mí, mi personalidad, mis aficiones, mis miedos o mi vida no significasen nada.

Salimos de aquella pizzería y dimos un paseo por la ciudad, la luna estaba en todo su esplendor y desprendía una cantidad de luz tan tenue que alentaba a una escena de amor de película.

Nos paramos en un parque y empezamos a jugar como si fuésemos niños pequeños. Nos subimos a una especie de castillo que terminaba con un cutre tobogán y allí nos dimos nuestro primer beso. Bueno, y el segundo, el tercero, el cuarto, etc.

Tantos besos nos habían empezado a calentar el cuerpo haciendo que tuviésemos unas ganas irrefrenables de tener sexo en aquel lugar público, pero mi inexperiencia sexual me hizo huir del castillo de madera deslizando mi cuerpo por el tobogán de metal oxidado.

—Se me ha hecho tarde, tengo que volver a casa, mis padres me estarán esperando.

—Espera —dijo bajando por el tobogán y acercándose a mí con cara seductora—, no te apetece que estemos un poco más... juntos.

Sus manos agarraron mi culo con fuerza y me atrajeron hacia su miembro erecto provocándome una sensación de miedo y atracción al mismo tiempo, me encantaba besarle y deseaba acostarme con él, pero algo dentro de mí me decía que esperase, que aún no estaba preparada para dar ese paso.

—Claro que me apetece, pero no puedo, lo siento. Podemos dejarlo para otro día, si quieres... —le dije para salir del paso.

—Está bien... Venga, te acompaño a casa.

—Gracias.

Nos dimos un beso y comenzamos a caminar en busca del coche de Marc. Llegamos a mi casa en cuestión de veinte minutos, que para mí fueron eternos, marcados por una música a todo volumen y una velocidad muy por encima de la permitida en territorio urbano.

—¿Vives aquí? Pedazo casa tienes... ¿Sabes qué es lo que más me va a gustar de tu casa...? —dijo acercándose despacio hacia mi boca.

—¿El qué..., mi cuarto? —le dije con su mismo tono.

—Chica lista...

Nos estuvimos enrollando un buen rato hasta que la luz del porche se encendió advirtiéndome de que mis padres aún estaban despiertos y quizás me habían visto por la ventana.

Me aparté de Marc y salí corriendo del coche.

—Luego te llamo.

Salió a toda velocidad derrapando en la primera curva de la urbanización mientras yo intentaba atinar con la llave en la cerradura.

—Kate, ¿de dónde vienes? ¿Quién era ese?

—Hola, papá. He cenado fuera con un amigo, es del insti.

—¿Lo conozco?

—Sí. Marc, el pívot.

—Ah.

—¿Qué hacéis ahí parados? Entrad y cerrar la puerta que entra mucho frío —dijo mi madre pasando de largo.

—Anda, pasa.

—Gracias, ¿qué tal el trabajo hoy? ¿Ya has conseguido el argumento que consiga liberar de toda culpa a tu cliente? —le pregunté con tono burlesco.

—Pues sí, lista. Hemos estado trabajando duro estos días, y creo que por fin lo hemos encontrado, peero...

—No puedes decirme nada, confidencialidad abogado-cliente, lo sé, lo sé. No te lo iba a preguntar.

—Venga, Kate, date una ducha y para la cama, que mañana tienes que madrugar —dijo mi madre uniéndose a la conversación.

—Aaay..., voooy... —contesté desganada.

—Pero danos unos besos de buenas noches, por lo menos, ¿no?

—¡Qué pesada eres cuando quieres, eh! Buenas noches, mamá, muac. Buenas noches, papá, muac. ¿Ya puedo irme?

—Sí, antipática.

—Gracias. Yo también te quiero.

—Y nosotros a ti.

Subí a mi cuarto y me tiré en la cama recordando la noche que había pasado con Marc, solo podía pensar en sus labios, en sus brazos rodeando mi cuerpo y en aquellos besos que me daba por todo el cuello erizándome la piel.

Me moría de ganas de hablar con él, quería saber si lo que había pasado significaba que éramos algo más o simplemente se había quedado en una sola noche. Lo llamé un par de veces, pero ni siquiera descolgó el teléfono, quizás se había enfadado conmigo por haberle dejado con el calentón, o quizás no le había gustado la cita y por eso pasaba de mí.

Empecé a pensar en un infinito de posibilidades sobre por qué no quería contestarme, hasta que mi móvil empezó a vibrar sobre la cama; era él, me estaba llamando. Me puse tan nerviosa que se me cayó al suelo y en el segundo intento por cogerlo lo deslicé por debajo de la cama.

Odiaba mirar debajo de la cama, demasiadas películas de terror en las que se esconden seres malvados o asesinos, pero aquella llamada era más importante que el pánico que me provocaba, así que me armé de valor y estiré el brazo hasta engancharlo.

—Diga —dije con alivio.

—Te noto como agitada, ¿te has estado masturbando?  
—¿Qué...? No..., es que estaba con mis padres y subí corriendo para que pudiésemos hablar tranquilos...  
—Ah..., vale. Oye, te fuiste demasiado rápido, ¿huías de mí?  
—Sí, o sea, no. Quiero decir, no. Mi padre salió al porche y no quería que me echase la bronca, ya te dije que llegaba tarde.  
—Siento que te hayan sermoneado por mi culpa.  
—¿Qué? No, no, tranquilo, tú no tienes la culpa.  
—Sí..., te retuve conmigo en el parque...  
—No me retuviste, me quedé un poco más porque quise. Además, en cuanto te dije por segunda vez que tenía que irme, me hiciste caso y me trajiste hasta casa, así que no tengo nada que reprocharte.  
—Está bien, mañana te recojo a las ocho para ir al insti, tengo ganas de verte y besar esos labios.  
—Yo también de verte a ti —le respondí como una idiota.  
—Buenas noches, princesa.  
—Buenas noches.  
Estaba tan ilusionada por que el chico más aclamado del instituto estuviese saliendo conmigo que aquella noche apenas pude pegar ojo, solo podía pensar en la mañana siguiente, los dos cogidos de la mano, entrando por las puertas del instituto y desvelando en público nuestro romance.  
Aquel día fue el comienzo de una larga relación amorosa marcada por los cuernos, las drogas e incluso, la muerte.



## CAPÍTULO 2

Durante dos años, mi vida en el instituto había sido de ensueño, era la capitana del equipo de animadoras, presidenta de la comisión de alumnos y la número uno en la clase. Tenía todo lo que cualquiera desearía tener: una vida fácil y exitosa.

Todo iba bien hasta que un día llegó la única persona que conseguiría poner mi reinado patas arriba; Samantha.

Era la chica nueva, su atractivo físico era envidiable, tenía un cuerpo más desarrollado que el de cualquier chica de nuestra edad, llevaba un pirsin en la nariz y un maquillaje marcado por una exagerada raya y sombra oscura que resaltaba aún más el azul mar de sus ojos. Tenía un estilo propio, muy diferente al de las chicas de Seasawls, pero era muy atractiva y sabía que yo no sería la única que iba a darse cuenta del magnetismo que desprendía. Tenía que evitar que me arrebataste mi puesto de abeja reina, así que, como bien dijo Maquiavelo, «Ten cerca a tus amigos, pero aún más a tus enemigos».

—Hola, tú debes de ser Samantha, la nueva. Soy Kate, presidenta del alumnado, y también tu guía turística por el instituto, si quieres.

—Hola. No me hace falta, gracias, ya he estado aquí antes.

—¡Ah!, ¿sí?, nunca te había visto...

—Ya, digamos que no es que fuese mucho a clase, aunque yo a ti si te conozco. Eres Kate Damer, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —pregunté sorprendida

—Nuestros padres eran amigos. Te conocí cuando apenas tenías siete años, así que supongo que es normal que no me recuerdes.

—¡Ah!, pues no, la verdad es que no me suenas de nada —respondí extrañada

—Lo entiendo, éramos muy pequeñas y apenas nos hemos visto un par de veces, pero bueno, mira qué casualidad, ahora iremos juntas a clase y tendremos tiempo más que de sobra para conocernos mejor.

—¡Claro! —respondí con recelo.

Algo en aquella chica me hacía desconfiar, quizás fuese porque se mostraba demasiado segura de sí misma, o tal vez porque pensaba que conseguiría llamar la atención de todos mis compañeros y eso hacía que me sintiese más pequeña. Pero, fuese lo que fuese, no pensaba alejarme de ella.

—Bueno, ¿qué, me presentas a tus amigos o nos vamos a quedar aquí de pie mirándonos más tiempo? —dijo Samantha.

—Sí, claro, vamos, están todos en la cafetería.

Mientras caminábamos, no podía parar de darle vueltas a lo que me había dicho. Nuestros padres eran amigos cuando nosotras éramos pequeñas y por lo visto nos habíamos conocido años antes, aun así, no recordaba haberlo hecho. Aunque, a decir verdad, tampoco es que recordase mucho de aquella etapa de mi vida, así que preferí dejarlo estar.

—Oye, ¿dónde están los tíos buenos de este sitio? Aquí parece que solo hay pardillos y niños —dijo mirando con repulsión al resto de los estudiantes.

—Eh..., pues...



—¿Qué pasa, tía? ¡Los deportistas!; quiero conocer a los campeones de Seafawls.

—Claro, ahora te los presento. Están allí sentados, vamos — respondí con voz seria mientras señalaba con el dedo hacia mi supuesto grupo de amigos.

Marc y el resto del equipo estaban sentados en una de las mesas de la terraza, hablando y riéndose sin parar cuando Tim, el base, dijo algo que hizo que todos girasen la cabeza hacia nosotras. Recorrían a Samantha de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo, incluso los escuché decir alguna que otra sobrada sobre lo buena que estaba y lo que le harían si tuviesen la oportunidad de estar con ella a solas.

—Ni en vuestros mejores sueños me acostaría con ninguno de vosotros —dijo señalando a tres de los jugadores.

—¡Uoh! —respondieron los demás al unísono.

—Y... ¿quién eres? Si puede saberse, claro —dijo Marc poniéndose en pie y acercándose a ella.

—Sam, y supongo que tú eres Marc.

—Sí, el mismo. Estos son Derry, Jay, Thomas, Clark, Bryce y Tim.

—¡Hola! —saludaron todos.

—Hola, chicos. Kate, ¿me podrías ir a por un café?; necesito fumarme un piti ya, llevo toda la mañana deseándolo.

—Eh..., claro...

—A mí otro, porfi, Katy, me muero de sed —dijo el imbécil de Tim.

—Y a mí con hielo.

—A mí una Coca-Cola Zero.

—¿Zero? Tío, eso es de chicas.

—¿Qué dices, idiota?, me gusta cuidarme como a ellas, pero no por eso soy menos hombre.

—Oh, ya salió el filósofo.

—Qué triste, de verdad. Menuda panda de cenutrios.

—Eh, tampoco hace falta insultar, bonita.

—Solo digo la verdad. Sobre todo, por ti. Eres el típico chico que tiene el cerebro como una nuez y que no mira más allá de culos y tetas. Seguro que estoy en lo cierto si te digo que te masturbas todas las noches viendo videos porno de lesbianas.

—Ja, ja, ja, tío. ¡Esta tía te ha calado de lleno! —gritó desde la otra esquina Clark.

—Cállate, imbécil —le respondió Tim al mismo tiempo que se levantaba y se iba de allí sin mirar atrás.

De camino a la barra del bar sentí como me iba haciendo cada vez más pequeña, en cuestión de unos minutos había pasado de ser la reina del instituto a una chica de los recados. Cogí todas las bebidas que me habían pedido y con miedo me acerqué a la mesa.

—Ole, ¡esa Kate! —gritó Samantha alborotando aún más al resto.

—¡Oleeee!

—Aquí tenéis, chicos, que sepáis que me debéis todos una bebida.

—Claro, la próxima invitan ellos.

—A ti siempre que quieras, guapa —dijo Jay.

—Puaj. ¿Veis como sois unos neandertales? Sé que soy guapa, me miro todos los días en el espejo, y también sé que estoy buena de narices, para algo voy todos los días al gimnasio. Así que, te aconsejo que ahorres saliva, la vas a necesitar para otras cosas. —Y, tras soltar aquello, cogió el café y agarrándome de la mano nos marchamos sin siquiera decir adiós.

Samantha eclipsaba; a cada paso que daba unos ojos nuevos se postraban en ella y la miraban obnubilados por su presencia, incluso yo, en un principio, lo estaba, hasta que decidió abrirse a mí.

Aquel día, al acabar las clases, me invitó a su casa, me dijo que su madre no estaba y que le apetecía que pasásemos un rato juntas, que era la única chica que conocía, bueno, según sus palabras, la única amiga que tenía allí.

La verdad es que escucharla decir eso me hizo sentirme de nuevo especial, como si fuese importante para ella, así que acepté su invitación.

Vivía en el centro de Seasfawls, en un pequeño apartamento situado en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad. Nunca había llegado a pisar aquella zona urbana, la gente contaba cosas terribles sobre aquel lugar y la verdad es que no me apetecía comprobar si eran ciertas.

—¿Qué pasa, te da miedo o qué? —me dijo Sam tras verme paralizada ante la entrada.

—¿Qué?... No..., yo solo... Es que... nunca he estado aquí.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Venga, vamos, vivo aquí desde hace un par de meses y nunca me ha pasado nada; en realidad, es un sitio tranquilo. Vamos, entra.

—Está bien...

Caminábamos hacia el portal de su casa cuando un perro, que en aquel momento para mí era inmenso, empezó a ladrarnos con furia, pero sin acercarse demasiado. Justo cuando iba a soltar un grito desgarrador, Sam me tapó la boca y me dijo en voz baja:

—En situaciones peligrosas lo peor que puedes hacer es mostrar miedo. Relájate, no va a pasar nada, se ha puesto nervioso porque huele tu temor, pero no nos va a hacer nada, así que, venga, tranquila.

—No..., no..., no puedo, Sam. Haz... Haz algo... ¡Abre la puerta ya o lo que sea! —le grité acojonada.

—¡Brody, ya basta! La estás asustando.

Tras eso, el perro cesó sus ladridos y se tumbó en el suelo mirándonos con cara de pena. Sus ojos causaron un impacto en mí tan fuerte que era como si sintiese una conexión especial con aquel animal, que hacía un segundo pensaba que estaba a punto de matarme.

—¿Es tuyo?

—Qué va, es de Jason, mi vecino, siempre lo deja suelto por aquí mientras se va a hacer la compra.

—¿Y por qué nos ladró así?

—Ah, por nada. Ladra a todas las personas que se acercan a Jason o a mí, no sé, es como si nos protegiera. A mí me viene de lujo, sé que, si está suelto por aquí y se me acerca cualquier persona a hacerme algo, me defenderá, así que suelo estar tranquila.

—Qué pasada... Por eso siempre quise tener un perro.

—Ja, ja, ja. Y con la pasta que tienen tus padres y la pedazo mansión en la que vives, ¿por qué no tenéis uno?

—No lo sé, mis padres no quieren que haya animales en casa..., pero no me importa. A veces voy a una perrera que hay cerca del insti y les dono algo de dinero para que puedan mantener a todos los animales que, por desgracia, tienen que estar allí abandonados. Ojalá pudiese llevármelos a casa, pero... no puedo, así que, al menos, aportando mi pequeño granito de arena me siento bien.

—Y ¿por qué no puedes? Venga, vámonos para allí. Llevémos a todos los perros.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Sí, ¿tú no? ¿Para qué está la vida si no es para liarla parda? ¡Vamos!

Bajamos corriendo al aparcamiento donde habíamos dejado el coche de Sam y salimos a toda prisa hacia la perrera.

—¿Cuánto dinero tienes en la tarjeta de crédito?

—No sé, mucho, ¿por?

—Compremos el local, con todo lo que hay dentro y modifiquemos las condiciones, hagamos de ese sitio un buen hogar para perros, no los tendrás en tu casa, pero allí estarán como tal.

—¿Qué dices, tía? No, creo que esto se nos está yendo demasiado. Me arrepiento, no quiero hacerlo.

—Ja, ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes?

—De ti, ja, ja, ja. Solo te estoy llevando a merendar, idiota.

—¿En serio? Dios, qué susto...

—Sí, es que... aquella no era mi casa, y la verdad es que tampoco sé por qué ese perro me obedeció antes, yo tampoco había entrado allí nunca —me confesó entre risas.

—¿Qué?! Dios, eres... eres... Ja, ja, ja.

—¿La puta ama? Lo sé.

—¡Sí! —grité de manera eufórica.

Merendamos en SusieCakes, una de las mejores pastelerías de San Francisco. Ambas nos comimos un gofre repleto de nata, chocolate y fresas que tragamos sin apenas respirar. Al acabar, se me escapó un pequeño eructo que hizo que a ambas nos diese la risa histérica.

Pasamos el resto de la tarde paseando por la ciudad, hablando de temas banales hasta que le pregunté algo que hizo que su expresión de felicidad cambiase de repente a una cara completamente inexpresiva.

—Dejémoslo en que mi padre es un borracho que se fue a por tabaco y jamás volvió y mi madre una mujer que trabaja mucho para mantenernos.

—Y, ¿por qué te has cambiado de insti en el último año?

—Los colegios religiosos no son para mí, no comparto sus normas ni tampoco sus conductas, así que decidí cambiarme.

Bueno, eso y que a mi madre la han reubicado aquí y el Catfish está más cerca.

—Ah... —respondí sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, está empezando a anochecer y tengo que irme antes de que llegue mi madre de trabajar.

—Sí, yo también debería estar en casa ya.

Durante el camino a casa, Sam empezó a interrogarme sobre mi historia con Marc, había notado cómo le miraba y sabía que había pasado algo entre nosotros.

—La verdad es que llevo enamorada de él desde la primera vez que lo vi, pero jamás me atreví a decirle que me gustaba... hasta ayer...

—¿Ayer? Cuéntamelo ya.

—Al acabar el entrenamiento se acercó a mí y me invitó a cenar. Fuimos a una pizzería que hay cerca del insti y, bueno, fue bien... Acabamos en un parque infantil enrollándonos subidos a una especie de casita de madera.

—¿Te lo tiraste en un parque?

—No, no. Solo nos besamos. Se había hecho tarde y mis padres me estaban esperando, así que nada, le dije de quedar otro día y acabar lo que empezamos y en un principio me dijo que vale. ¡Hasta me recogió esta mañana para ir a clase!... Pero desde que apareciste tú ..., pues... no sé, parece que no existo para él... Ni siquiera me ha vuelto a hablar...

—Es un tío y, además, adolescente, solo piensa con su segundo cerebro, el primero, hasta que no llegue a los veintitrés, más o menos, no madurará.

—Ya...

—Pero... si te gusta de verdad y quieres que te haga caso, muéstrate indiferente. Los tíos son muy fáciles, nos ven como a presas, cuanto más les cueste conseguir atacarnos más los excita.

Has hecho bien en no tirártelo en la primera cita, por esa parte te aseguro que le tendrás enganchado, pero sabe que estás ahí para él cuándo quiera y eso hace que no tenga que currárselo. Si de verdad quieres que se interese por ti, pasa de él, finge que para ti ha sido solo cosa de una noche, salúdalo como a uno más y no te quedes babeando.

—Yo no babeo...

—Sí lo haces. Si no, ¿cómo crees que supe que había pasado algo entre vosotros?

—Eh..., bueno, puede que un poquito, pero es que me gusta mucho.

—Pues si me haces caso, te aseguro que en un par de días lo tienes comiendo de tu mano.

—No estoy tan segura...

—Prueba y verás, no tienes nada que perder.

—Sí, ¿y si paso de él y piensa que no quiero nada y pierde el interés por mí?

—A ver, según tú, hoy no te ha hecho ni caso, ¿no? Y mírate, estás pensando todo el rato en él, así que ¿por qué no le va a pasar lo mismo si se lo haces tú?

—Porque es un tío.

—Olvídate de la distinción de sexos, ante todo es un ser humano, queramos o no racional. Todos seguimos las mismas pautas, estamos cortados por el mismo patrón, así que hazme caso y no le hables.

—Vale, está bien, pero si en un par de días no hay resultados, le hablo.

—Te aseguro que mañana mismo, antes de acabar las clases, te está buscando para hablar contigo.

—Ya veremos —respondí sin expectativas de que lo que decía fuese a pasar.

—Vale. ¿Es esta no?

—Sí. Mira, mis padres aún están despiertos, ¿quieres pasar a saludarlos?, seguro que a mi madre le hace ilusión verte, ella siempre se acuerda de todas las personas que conoce, y más si eras una niña. Seguro que se alegra de ver lo que has cambiado —le dije esperando que aceptase mi propuesta.

—¡No! O sea, no, porque se me ha hecho muy tarde y aún tengo que llegar a mi casa. Otro día mejor, ¿vale? Buenas noches, ¡mañana nos vemos!

Arrancó el coche sin ni siquiera dejarme decir adiós, parecía que mi proposición de saludar a mis padres le había resultado incómoda, como si le diese apuro verlos. En mi cabeza empezaron las mil y una suposiciones sobre por qué le podía haber asustado entrar, no podía irme con aquella duda a la cama, así que aproveché que mis padres estaban en el sofá para saludarlos y preguntarles por ella.

—Mamá, ¿te acuerdas de la familia Sparks?

—¿La familia Sparks?, ¿Sean y Britney Sparks?

—Sí —respondí con tono dudoso.

—Sí, claro, eran una pareja encantadora. Venían conmigo a clase, bueno, ella venía conmigo, él, estudiaba magisterio en Ockland y se veían los fines de semana. ¿Por qué me preguntas por ellos?

—Por nada, es que hoy he conocido a Samantha y me ha dicho que, bueno, pues que erais amigos cuando nosotras éramos pequeñas y preguntaba por pura curiosidad.

—¿Samantha?, ¿quién es Samantha? —dijo mi madre extrañada.

—Su hija —respondí frunciendo el ceño.

—Mm..., hasta donde yo sé, Sean y Britney no tuvieron nunca hijos; de hecho, creo que ella era estéril... Pero, bueno, no sé, quizás adoptasen a una niña.



—Puede ser... —respondí sin querer seguir indagando.

La confesión de mi madre había hecho que la historia que me había contado Samantha quedase en entredicho, ¿me habría mentado? Pero ¿por qué?, ¿para qué?. No tenía sentido. Acabábamos de conocernos, ¿quién finge conocer a alguien desde hace tiempo cuando no ha sido así? ¿Para qué hacerlo? No le encontraba ningún sentido.

Subí a mi habitación y me tumbé en la cama sin poder parar de darle vueltas a aquello. No podía parar de pensar en Sam y en por qué me había mentado. Habíamos pasado todo el día juntas y lo único que pude descubrir de ella era que vivía sola con su madre y que su padre las había abandonado hace un tiempo, pero ¿y si eso también era mentira?

Aunque una de las cosas que más odiaba en el mundo era que me mintiesen, siempre tenía la creencia de que todo tenía una explicación, y aunque en el caso de Sam no la encontrase, me gustaba pensar que la había.

Apenas había estado un día con ella, quizás necesitábamos más tiempo juntas para que se atreviese a abrirse a mí como yo lo había hecho. A lo mejor su mala vida le había hecho sentir la necesidad de mentirme para que no la juzgase o como un mecanismo de autodefensa. Pero, aun así, no entendía por qué tenía que decir que me conocía de antes y no haber contado una mentira algo más creíble o, al menos, más difícil de verificar.

A pesar de que traté de buscar alguna excusa que me convenciese de que todo había sido un error, saber que no era lo único con lo que me había mentado me daba auténticos escalofríos. No obstante, no iba a dejarlo estar.

Tenía que acercarme más a ella, convertirme en su amiga y así poder descubrir qué escondía aquella enigmática chica.





## CAPÍTULO 3

Habían pasado ya un par de meses desde que conocí a Samantha, admito que, en un primer momento, me mantuvo intrigada su personalidad y saber quién era en realidad, pero con el paso de los días ese interés fue menguando hasta llegar a la situación actual.

Marc y yo habíamos empezado a salir al poco de su llegada, se había acercado a mí arrastrándose, suplicándome que le diese una segunda oportunidad y pidiéndome perdón por haber sido tan imbécil. Le creí, de verdad creí que estaba enamorado de mí y que todo lo que me decía era cierto, al menos por un tiempo fue así.

Me recogía todos los días en la puerta de mi casa y me traía de vuelta a la salida del instituto, me trataba como a una auténtica princesa, estaba tan a gusto con él que ya no me importaba nada averiguar quién era ella o por qué decía que nos conocíamos de antes. Todas aquellas incógnitas desaparecieron al día siguiente cuando se cumplió lo que me había dicho que pasaría con Marc.

Fue también gracias a eso que empecé a verla con otros ojos, ya no la veía como una competidora que intentaba arrebatarme mi popularidad, sino como una amiga que estaría allí para apoyarme siempre, gracias a ella había conseguido ser la novia del amor de mi vida, ¿cómo iba a reprocharle nada?

Pasábamos los días los tres juntos, Marc, Samantha y yo. En un principio, me gustaba que estuviésemos así, me sentía acogida e importante para los dos y ellos también lo eran para mí, así que no veía nada de malo en estar así. Hasta que empezaron a pasar los días y poco a poco me fui dando cuenta de pequeños detalles que dejaron de gustarme.

Por ejemplo, cuando caminábamos por el pasillo, a veces se cogían de la mano; otras veces me los encontré desayunando en la cafetería del instituto sin esperar a que yo llegase; e incluso me enteré de que se habían colado en varias fiestas universitarias sin siquiera invitarme.

Todos esos pequeños detalles hacían que me sintiese marginada. Una cosa es que te sientas así con gente que no te conoce o con la que apenas te relacionas, pero cuando te lo hacen personas a las que quieres, el dolor que sientes es tan grande que te va devorando poco a poco por dentro hasta que ya no puedes más.

—¿Tienes algo con Marc? —le pregunté a Samantha en un cambio de clase.

—¿Qué? ¿Eres tonta? Solo somos amigos, Marc es tu chico, nunca me liaría con él, vamos, es que ni se me pasa por la cabeza. Me duele que pienses que pueda traicionarte así.

—Está bien, lo siento. Me debo estar volviendo loca... Es que... me siento lejos de ambos, como si cuando estáis juntos yo no existiese...

—Pero ¿qué dices? Si siempre estamos contigo.

—Eso es mentira, sé que el otro día os colasteis en una fiesta de universitarios... y ni siquiera me avisasteis...

—¿Qué? No es lo que te piensas. El hermano de Marc estudia en la Universidad de San Francisco. Me enseñó una foto suya; está bueno que te cagas y le pedí que me lo presentase, así que me acompañó a la fiesta y nos colamos para que pudiese conocerle.

—Ah..., no sabía que Marc tuviera un hermano mayor...

—Pues lo tiene, y te aseguro que está mejor que él. Dios, no sabes cómo besa ese tío...

—¿Os enrollasteis?

—Claro, ¿crees que iba a dejar escapar una oportunidad así? Los chicos del insti son demasiado críos para mí. Jasper es todo un hombre ya, no habla de tonterías y tiene los pies en la tierra.

—Estás coladita por él, ¿eh? —le dije con un tono pícaro.

—Ja, ja, ja. Digamos que me sirve para entretenerme, esta noche, de hecho, hemos quedado, me ha dicho que me va a llevar a un sitio especial.

—Entonces, ¿lo vuestro va en serio?

—No, no busco pareja, pero para pasar el rato está bien.

El estruendoso ruido del timbre nos advirtió de la hora de entrada a clase, así que recogimos nuestras cosas y nos dividimos en mitad del pasillo: ella iba a su clase de Álgebra, mientras que a mí me tocaban dos horas intensas sobre la Historia de Estados Unidos.

El señor Lawson era un hombre imponente, medía casi dos metros y su cuerpo doblaba la anchura normal de una puerta, por lo que tenía que entrar de lado y medio agachado para poder pasar. Su presencia era fría y con tan solo escuchar su grave voz dándonos los buenos días ya todos permanecíamos en silencio el resto del tiempo que nos quedaba allí encerrados. Su voz era fuerte y ronca, pero puedo aseguraros que, como profesor, era el mejor; te explicaba la historia con todo lujo de detalles y de forma sencilla, como si se tratase de una novela haciendo que todos, o la mayoría, despertásemos nuestro interés por seguir escuchando y por aprender. La verdad es que era una de mis asignaturas favoritas.

Al acabar el periodo lectivo me dirigí a los vestuarios para ponerme mi uniforme de animadora; nos tocaba entrenamiento, como todos los martes, pero esta vez fue diferente. No había nadie, ni siquiera estaba Lizza, la más tardona del equipo, algo que me extrañó.

Me cambié lo más rápido que pude y fui al pabellón con la esperanza de encontrarme a alguien que pudiese explicarme qué estaba pasando y, cuando entré, tuve la respuesta.

Allí estaba ella, Samantha, vestida de animadora y de pie frente al resto de las chicas.

—Hola, Kate, les estaba enseñando a las chicas un par de pasos nuevos que creo que podrían quedar bien para la coreografía. He visto vuestros vídeos y lleváis mucho tiempo haciendo lo mismo, creo que un cambio puede venir bien.

—Es una coreografía superchula, tía, a nosotras nos encanta, enséñasela —dijo Susan desde el suelo.

—Está bien. A ver qué te parece. ¿Alguien puede darle al *play*?

—¡Yo! —gritó otra.

Sam empezó a bailar de manera provocativa, con unos pasos de baile marcados y sensuales mezclados con una serie de acrobacias que muy pocas éramos capaces de hacer.

Al acabar su actuación, todas las chicas se pusieron de pie a aplaudirle y gritarle lo bien que lo había hecho. Quise fingir esa misma alegría, contagiarme del espíritu divertido que llevaban todas, pero estaba tan cabreada que me limité a darme la vuelta e irme corriendo de allí.

—Kate, ¡espera! —me gritó Sam antes de que saliese por la puerta—. ¿A dónde vas?

—¿Que a dónde voy? A mi puta casa, ya estás tú aquí para dirigir las, no pinto nada.

—No seas tonta, tú eres la capitana, yo simplemente he propuesto un cambio, pero para nada quería que sintieses que te estoy quitando el puesto.

—¿Cómo es que has entrado en el equipo?

—Esta mañana han venido Lizza y Susan y me han dicho que les gustaba mi rollo y que querían que me uniese al equipo y, pues..., no sé, acepté, se me da bien bailar y me gusta.

—Como bien has dicho soy la capitana, y soy yo la que decide si entras o no en el equipo, no ellas, así que la próxima vez me gustaría que antes esto se consultase conmigo.

—Vale, está bien. Lo siento.

—No pasa nada. Quédate, enséñales los pasos y en el próximo entrenamiento los ensayamos.

—¿No te vas a quedar?

—No. Tengo que irme. Nos vemos mañana.

Me marché del instituto con ganas de llegar a casa y olvidarme del encontronazo que había tenido con Sam, quería estar sola, desconectar y pensar en todos los cambios que se estaban produciendo en mi vida. Su llegada me había complicado la existencia y no tenía ni idea de cómo conseguir volver a sentirme importante como antes.

Aparqué el coche en el garaje y subí corriendo a mi cuarto, mis padres aún estaban trabajando y no llegarían hasta la noche, así que estaba completamente sola. Salí a la terraza de mi habitación y me senté en mi sillón favorito, mirando al cielo y dejando que mi mente se perdiese en el infinito. Allí me quedé sentada durante horas, pensando en todo y nada al mismo tiempo, hasta que llegó mi madre para romper mi estado de paz interior.

—Hola, cariño, ¿qué haces ahí fuera tan tarde? Hace un poco de frío, ¿por qué no entras?

—Hola, mamá. Sí, ahora mismo iba a entrar.

—Vale. Mira, te he traído esto, lo han dejado en el porche, pone que es para ti.

—Ah, y ¿pone de quién es?

—No... Bueno, no lo sé, no he querido invadir tu intimidad.

—Pues sería la primera vez.

—No te pases, hija.

—Perdón, mamá.

—Bueno, te dejo tranquila. En media hora baja a cenar; tu padre estaba saliendo ya del despacho.

—Vale. Media hora, captado.

Esperé a que bajase las escaleras para descubrir el contenido del paquete, no me preguntéis por qué, pero tenía la intuición de que era algo privado y no quería que mi madre se enterase.

Quitó con cuidado los trozos de cinta adhesiva que reforzaban el cierre y la abrí con delicadeza. En su interior había un montón de cosas: chuches, chokolatinas, un par de paquetes de patatas fritas, un pequeño peluche con un corazón que ponía «Love You» y una foto.

«Lo siento por todo, te prometo que a partir de ahora consultaré todo contigo. Eres mi mejor amiga y no quiero perderte por una chorrada así. Espero que puedas perdonarme».

En la foto aparecía Sam abrazada al peluche que había en la caja con cara de pena y, a decir verdad, aquel simple detalle hizo que una sonrisa de oreja a oreja se dibujase en mi rostro. Me había sentido valorada por ella, sus disculpas eran completamente sinceras y, pensándolo en frío, no había hecho nada malo; simplemente había entrado en el equipo con novedosas proposiciones. Quizás lo que de verdad me había molestado es que no se me hubiese ocurrido a mí, eso o que en un principio la vi como una rival, pero me acababa de demostrar que no era así, éramos amigas y en la amistad no deben existir los celos.



Le envié un mensaje de texto agradeciéndole el detalle y bajé a la cocina para pasar un rato con mi madre.

—Y ¿cómo te están yendo las clases, cariño?

—Bien, como siempre. Y tú, ¿sigues con el proyecto del casino?

—No, está parado, los inversores se han echado atrás y, bueno, ha sido un caos, pero nada que deba preocuparnos de momento.

—Ah...

—Hola, el hombre de la casa ya está aquí —dijo mi padre entrando por la puerta.

—Hola, cariño, estamos en la cocina.

—¿Qué hacen aquí las dos mujeres de mi vida? Qué estampa familiar más bonita.

—¿Qué feliz estás hoy, no, papá?

—Sí, la verdad es que hoy ha sido un buen día. Tenemos un nuevo testigo en el caso que nos puede ayudar con la defensa de nuestro cliente y es posible que ganemos el juicio.

—¿Qué caso? —pregunté con curiosidad.

—Es espeluznante.

—¿Por qué?

—Porque es un caso muy macabro. Se acusa a mi cliente de haber asesinado a su madre tras descubrir que ofrecía su cuerpo a cambio de dinero. Se lo encontraron ensangrentado en una esquina de la habitación con el cuerpo de la madre descuartizado en el otro. Según lo que me ha contado a mí, él es inocente; había descubierto que su madre ejercía la prostitución y quería pillarla in fraganti para que no pudiese negárselo a la cara, para ello se escondió en el armario y esperó al momento justo para desvelarla. Mientras esperaba allí encerrado, su madre entró corriendo y cerró la puerta tras de sí con fuerza. Él notó su nerviosismo especialmente cuando vio que su madre tiraba el bolso sobre la cama y empezaba a buscar con rapidez algo en su interior. Poco después, un hombre consiguió abrir la puerta, llevaba un hacha y empezó

a golpearla una y otra vez, él se quedó en *shock* y permaneció allí escondido hasta que aquel hombre se fue.

—Y ¿por qué estaba cubierto de sangre?

—Cuando el hombre desconocido se marchó, él salió del armario y fue junto al cuerpo de su madre, la cogió como pudo y lloró sobre ella. Una herida de hacha es muy profunda y escandalosa, cualquier persona que hubiese hecho lo que el chaval se hubiese manchado igual. Ahora parece que ha aparecido un nuevo testigo y la versión de mi cliente se está volviendo más creíble.

—Bueno, ya vale por hoy de hablar de cosas escabrosas, la cena está casi lista, así que ayudadme a colocar la mesa, por favor.

—Tu madre tiene razón, no debería hablarte de estas cosas.

—¿Por qué? A mí me gusta escucharte.

—Ya, pero no son cosas para tu edad.

—Papá, siempre seré tu niña, pero ya he crecido, ahora soy capaz de pensar por mí misma, he madurado.

—Ja, ja, ja. Lo sé, cariño —dijo dándome un beso en la frente y dirigiéndose al armario para coger los platos.

Preferí dejar el tema como estaba, me había dejado claro que por mucho que le preguntase iba a pasar de mí, así que me limité a ayudar con la mesa y a disfrutar de un rato en compañía con mis padres.